



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

**La construcción del apego entre padres varones e
hijos/as y la sensibilidad paterna**

Estudiante: Carolina Álvarez Gontade C.I: 4880723-6

Tutora: Liliana Suárez

Revisora: Paola Silva

Modalidad: Monografía

Montevideo, Julio 2020

Contenido	
Resumen.....	3
Introducción.....	4
Desarrollo teórico	8
Generalidades de la teoría del apego	10
Los orígenes (década del 50 y 60 del Siglo XX)	10
Cuatro teorías fundamentales referentes a la naturaleza y origen de los lazos infantiles	11
Los descubrimientos de Ainsworth	13
El apego y los distintos patrones	14
Figuras hacia las que se dirige la conducta de apego	18
Sensibilidad del cuidador	19
Una crítica a nuestra disciplina	21
El lugar del padre dentro de la psicología del desarrollo	22
Los aportes de Lamb.....	22
Los aportes de Parke.. ..	23
Determinantes de la paternidad.....	25
Involucramiento paterno	27
Conclusiones.....	31
Referencias bibliográficas	34

Resumen

El presente trabajo pretende reflexionar desde la psicología del desarrollo, las relaciones de apego que se construyen entre padres varones e hijos/as, así como indagar las características e implicancias del constructo de sensibilidad del cuidador en aquellos padres que se encuentran involucrados en la crianza de sus hijos/as.

En primera instancia se busca sistematizar e integrar literatura sobre la teoría del apego, especialmente a partir de los aportes de sus pioneros, Bowlby y Ainsworth. Se destaca la importancia de las relaciones afectivas tempranas que van a incidir en el desarrollo socioemocional de los niños/as. A partir de esta teoría, se desprende el constructo de sensibilidad del cuidador, asociado significativamente con el apego seguro.

En segunda instancia, a partir de autores como Parke y Lamb, se intenta problematizar sobre el hincapié que autores psicoanalíticos hicieron en la figura de la madre, como la principal e idónea, considerando al padre una figura subsidiaria. Para analizar el apego padre-hijo/a se torna indispensable una mirada ecológica y tener en cuenta diversos factores como los individuales, relacionales, familiares, creencias culturales, entre otros. Se introduce el constructo de involucramiento paterno, haciendo énfasis en que los padres pueden desempeñar un papel de importancia único en el desarrollo social, psicológico, emocional y cognitivo del niño/a.

A partir de los planteamientos de la teoría del apego, la sensibilidad del cuidador y el involucramiento paterno, se concluye que se puede hablar en términos de sensibilidad paterna o de sensibilidad de cuidado por parte de los hombres.

Palabras claves: apego, involucramiento paterno, sensibilidad paterna

Introducción

La presente monografía se enmarca en el Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República. Por medio de esta se pretende analizar y reflexionar acerca las relaciones de apego que se entablan entre padres varones e hijos/as, así como indagar las características e implicancias del constructo de sensibilidad del cuidador en aquellos padres que, independientemente de la dinámica familiar, se encuentran involucrados en la crianza de sus hijos/as.

El abordaje de este trabajo se realiza desde una perspectiva del Modelo Ecológico del Desarrollo planteado por Bronfenbrenner (1979), donde se considera que el desarrollo humano es producto de la interacción bidireccional del organismo humano en desarrollo con su ambiente. Según el autor (1979) “la comprensión del desarrollo humano exige algo más que la observación directa de la conducta de una o más personas en el mismo lugar; requiere el examen de sistemas multipersonales de interacción, que no se limiten a un solo entorno, y debe tener en cuenta los aspectos del ambiente que vayan más allá de la situación inmediata que incluye al sujeto” (p. 40).

Es por este motivo que los distintos conceptos que se van a trabajar en el transcurso de la monografía, no pueden deslindarse de factores psicológicos, sociales, culturales y biológicos, ya que todos repercuten de una forma u otra en el individuo, así como el individuo repercute en ellos. Reflexionar acerca de cómo se construye y cuáles son las implicancias del apego padre-hijo/a, implica tener en cuenta múltiples dimensiones, lo que hace que el análisis se torne complejo. No solo alcanza con trabajar sobre las características individuales de cada sujeto que influyen en la relación, sino que pensar el vínculo en una determinada dinámica familiar, en un contexto histórico particular es de suma importancia dado que investigaciones recientes han identificado que el rol que juega el padre en el cuidado y la crianza de los hijos/as está fuertemente influenciado por características individuales del hombre, por características relacionales con la pareja, la familia y por las creencias culturales sobre lo que debe o no hacer un padre (Parke, 2000).

De igual forma, el desarrollo de un niño/a va a depender de la interacción que tenga con su entorno, se conoce que el bebé o cachorro humano nace en un estado de indefensión tal que, de forma indispensable, necesita a otros seres humanos para sobrevivir ya que no lo puede hacer por sí mismo. Para garantizar esa supervivencia, no solo basta con ser alimentado, sino que también precisa un sostén emocional por parte de quienes se encargan de su cuidado (Armstrong et al, 2012). Es así que el bebé en la necesidad de ser sostenido por otro desde el nacimiento, construye un apego con los cuidadores primarios. Vale aclarar que, con cuidadores primarios o principales, se hace referencia a todos aquellos adultos familiares

y no familiares (como padres, abuelos, tíos, niñeras) que apoyan el cuidado infantil así sea de forma no exclusiva como es el caso de maestros o maestras preescolares, vecinos y demás adultos (Carbonell, 2013).

Bowlby, en su teoría, destacó la importancia de la construcción de lazos afectivos y específicamente de la figura materna para un adecuado desarrollo emocional infantil. Según él, “antes de transcurridos los doce primeros meses de la vida, todo bebé ha desarrollado un fuerte lazo con una figura materna” (Bowlby, 1998, p.248), ese lazo es lo que él ha denominado apego. Esta creación teórica de Bowlby, se debe fundamentalmente a las observaciones sistemáticas de díadas madre-bebé que realizó Mary Ainsworth en la década del 70, a partir de las cuales dio cuenta que existe un sistema de apego que se activa especialmente frente a situaciones de estrés y angustia. Ainsworth, además de describir el fenómeno de la base segura, identificó tres patrones de apego: apego seguro, apego ambivalente-inseguro y evitativo-inseguro. La teoría en sí y los distintos tipos de apego que existen, se fueron enriqueciendo con investigaciones posteriores y diferentes autores realizaron otras clasificaciones que más adelante serán profundizadas.

Según Bowlby (1998), la figura materna ideal es aquella que provee seguridad a los bebés, quienes aprenden a confiar en ella y por ende tienden a mantener proximidad a través de una serie de sistema de conductas, especialmente cuando aumenta la distancia o cuando hay señales de amenaza. La madre ideal es también, aquella que el niño utiliza como base segura para explorar el mundo realizando breves incursiones y regresando. Por lo tanto, una relación efectiva de apego, se da cuando el bebé es capaz de acudir a la madre cuando siente malestar o se siente amenazado, pero también cuando se separa de ella para explorar cuando se siente cómodo (Sroufe, Szteren & Causadias, 2014).

Se ha identificado que para que se establezca un apego seguro y estable los cuidadores deben responder de forma adecuada a las señales que los bebés manifiestan. La relevancia del vínculo para los bebés radica en que “las experiencias afectivas con sus cuidadores primarios en los primeros años de vida tienen una enorme influencia a favor del desarrollo cognitivo, social y emocional, íntimamente relacionados” (Armus et al, 2012, p. 11).

En esta misma línea y como expresa Carbonell (2013), la calidad del cuidado por parte de los adultos encargados de cuidar a los bebés juega un papel importante en el desarrollo infantil, es decir, los comportamientos y estrategias que usan los cuidadores para garantizar la supervivencia de los bebés. La habilidad de estar alerta a las señales comunicativas del niño, interpretarlas adecuadamente y responderlas, es lo que se llama la sensibilidad del cuidador y existe una relación significativa entre esta y la seguridad emocional del niño o niña (Carbonell, 2013). A partir de investigaciones transculturales se destaca el papel clave que

juega el cuidador principal y se afirma que la mayoría de los niños/as que muestran apego seguro, en situaciones de estrés son más fáciles de calmar y recurren a los adultos para ser tranquilizados. También se menciona en dichas investigaciones que estos niños/as presentan mayores competencias en diversas áreas del desarrollo, tales como: mayor capacidad para regular sus emociones negativas (rabia, temor y formas constructivas de enfrentar el estrés), establecer relaciones sociales satisfactorias con compañeros y profesoras, mejor autoconcepto y mayores desarrollos en habilidades cognitivas (van Ijzendoorn & Sagi-Schwartz, 2008, citado por Carbonell, 2013).

A lo largo de investigaciones y aportes de la psicología del desarrollo y especialmente de la teoría del apego, se han estudiado las características que debe tener ese cuidador principal y se ha indagado acerca de quién es la figura idónea y mejor capacitada para proveer cuidados sensibles. Frente a esto vale la pena resaltar que, los planteamientos teóricos psicoanalíticos le otorgaron a la madre un lugar primordial e insustituible en relación al vínculo con el bebé y los cuidados, este lazo estrecho estaba fundamentado en las necesidades fisiológicas que debían ser satisfechas (alimento y calor), por lo que se consideraba que el bebé se apegaba a la madre por ser la fuente de su gratificación. Sin embargo, el propio Bowlby se apoyó en la teoría de que los seres humanos entablan contacto con otros en la necesidad de aferrarse a un objeto primario, por lo que la comida y al acto de alimentarse solo cumplirían un papel de menor importancia (Bowlby, 1998). El autor (1998) planteó que casi desde un principio, muchos niños dirigen su conducta de apego hacia más de una única persona pero que están predispuestos a vincularse con una principal que se diferencia claramente de las figuras subsidiarias. Se supone entonces que, las figuras principales de apego son más importantes afectivamente y responsables del cuidado y protección de los más pequeños/as, mientras que las subsidiarias asumen ese rol de forma temporal. Tal es el caso de la relación padre-hijo que se intenta problematizar en el presente trabajo, considerada para el autor una relación complementaria, como muchas otras clases de relaciones sociales.

Si bien no se puede negar que la madre es una figura importante, sobre todo en los primeros años de vida del niño/a, se sabe que esa exclusividad de apego no refleja la realidad social actual. Los padres, históricamente han tenido un papel menor en el cuidado de los hijos/as en los primeros años debido a una multiplicidad de factores. Varios fueron los cambios culturales y sociales que comenzaron a involucrar al padre en la crianza de los hijos/as, por ejemplo, a partir de la incorporación de la mujer al mundo laboral, demandando la participación del hombre en los cuidados. Como plantean Torres, Salguero y Ortega (2005), el modelo de paternidad tradicional establecido, donde la obligación específica del hombre era el sustento económico, se ha ido cuestionando destacándose la importancia de la calidad del cuidado

paterno y de la participación activa del padre en la crianza de los hijos/as. Muchos padres participan activamente en tareas que antes eran de la exclusiva competencia de las madres e influyen directamente sobre el desarrollo de sus hijos/as (Parke, 1998).

En este sentido, los aportes de Lamb fueron claves para repensar el vínculo padre-hijo/a. Su estudio en la década del 70 en familias biparentales, en el que se observaron a veinte bebés interactuando con sus padres y madres, evidenciaron que los infantes no mostraron preferencia por ninguno de los dos padres en la exhibición de conductas de apego en el primer año de vida. De hecho, se demostró que se preocupaban por sus padres con la misma frecuencia que por sus madres y se sentían aliviados por ellos en momentos de angustia con la misma frecuencia que por sus madres.

Por otro lado, estudios más recientes, como las investigaciones transculturales (van Ijzendoorn & Sagi-Schwartz, 2008, citado por Carbonell, 2013) demostraron que en países occidentales todos los bebés cuando se les da la oportunidad se apegan afectivamente a uno o más cuidadores del ambiente familiar (padre, madre, abuela, etc.) o cuidadores no familiares, excepto si poseen un daño neurofisiológico (retardo mental extremo). Otro hallazgo significativo de las investigaciones fue que, en las sociedades occidentales la mayoría de los bebés y los niños/as muestran apego seguro, seguridad que depende de la calidad del cuidado infantil y que trae como consecuencia mayores competencias en diversas áreas del desarrollo. Pero, por otra parte, hay cerca de un 40% de niños que se apegan de forma insegura. Se sabe también, que la propensión a desarrollar vínculos de apego es tan fuerte en los niños/as que se apegan incluso en los casos en que la figura de apego los maltrate (Sroufe, Szteren & Causadias, 2014).

No cabe duda la importancia de los cuidadores principales, especialmente la calidad del cuidado para un adecuado desarrollo infantil. En base a lecturas y a la articulación entre distintos autores/as, el presente trabajo busca reflexionar a partir de siguientes interrogantes: ¿Cuál es la importancia de la teoría del apego en el estudio del involucramiento paterno?, ¿cómo se puede caracterizar la relación afectiva padre-hijo en la sociedad actual y según los tipos de organizaciones familiares ?, ¿cómo se caracteriza el cuidado paterno y la calidad de cuidado por parte de los padres varones?, ¿se puede hablar de sensibilidad paterna en los varones?

Desarrollo teórico

Esta monografía está enmarcada bajo la disciplina de la psicología del desarrollo, lo que implica pensar que los cambios psicológicos y conductuales del individuo están atravesados por distintos ambientes. Se parte de la base que, el desarrollo humano es un proceso continuo y dinámico, donde el niño/a es un agente activo en ese proceso y los individuos construyen el curso del desarrollo a través del contacto con el medio. Se trata además de un proceso integrado que involucra relaciones constantes entre los distintos procesos que conforman al individuo, como los físicos, cognitivos y emocionales. Se destaca a su vez la importancia de las relaciones afectivas tempranas que van a influir posteriormente en el desarrollo de los sujetos (Carrillo, 2008).

Pensar el proceso del desarrollo del individuo obliga a tener en cuenta las interacciones que se dan entre los sistemas biológico, ambiental y cultural y, por este motivo, se torna fundamental una perspectiva ecológica para abordarlo. Se deben considerar un número amplio de variables para comprender cómo se dan los vínculos, cómo se caracterizan y cómo van cambiando en el tiempo. Bronfenbrenner (1979), en su Modelo Ecológico del Desarrollo, ofrece una perspectiva para pensar a la persona en desarrollo y el ambiente, especialmente la interacción recíproca que existe entre ambos. El autor (1979) define al ambiente ecológico como “un conjunto de estructuras seriadas, cada una de las cuales cabe dentro de la siguiente”, en el nivel más interno está el entorno inmediato que contiene a la persona en desarrollo (p. 23). Sin embargo, plantea que hay que mirar más allá de cada entorno por separado, pudiendo visualizar las relaciones que existen entre estos entornos, interconexiones que pueden ser tan decisivas para el desarrollo como lo que sucede dentro de un entorno determinado. También afirma que el desarrollo de la persona se ve afectado por hechos que ocurren en entornos donde la persona ni siquiera está presente y le atribuye la misma importancia a las conexiones entre otras personas que están presentes en el mismo entorno, visualizando la influencia indirecta que tiene sobre la persona en desarrollo (Bronfenbrenner, 1979).

Es así que Bronfenbrenner (1979) define a cada una de esas estructuras concéntricas seriadas. En primer lugar, se refiere con microsistema al complejo de interrelaciones que se dan dentro del entorno inmediato. Luego plantea que ese principio de interconexión se aplica con la misma fuerza y las mismas consecuencias a los vínculos entre los entornos entre los que la persona en desarrollo participa, lo que le llama mesosistema, y aquellos en los que tal vez no entre nunca, pero se producen hechos que afectan a lo que ocurre en el ambiente inmediato de la persona, lo que denomina exosistema. Por último, define al macrosistema

como el “complejo de sistemas seriados e interconectados como una manifestación de los patrones arqueados de la ideología y la organización de las instituciones sociales comunes a una determinada cultura o subcultura” (Bronfenbrenner, 1979, p. 27).

Para pensar el desarrollo de un individuo, se debe tener en cuenta los distintos ambientes, no porque inciden sobre el individuo como si fuera una tabula rasa, sino porque el individuo incide también en ellos, se trata de un proceso dinámico y recíproco. Un aporte de Bronfenbrenner (1979) a mencionar es que, en su modelo, no se destacan los procesos psicológicos tradicionales (percepción, motivación, pensamiento y aprendizaje) sino su contenido: “aquello que se percibe, se desea, se teme, se piensa, o se adquiere como conocimiento, y el modo en que la naturaleza de este material psicológico cambia según la exposición de la persona al ambiente y su interacción con él” (p. 29). El autor (1979) plantea también la importancia de las transiciones ecológicas, es decir, los cambios en el entorno o de rol social de los individuos.

Por otro lado, se parte de la base que el ser humano es un Ser en situación, concepto planteado por Carrasco (2006), lo que quiere decir que el individuo es inseparable de la situación en la que vive y eso implica pensar en un lugar (espacio), un momento (tiempo), hechos y acontecimientos, variables que están correlacionadas entre sí y subordinadas al proceso Histórico que precede y determina la situación. Carrasco (2006) propone pensar desde la psicología crítica alternativa, cuál es el grado y naturaleza de la influencia que el contexto social ejerce sobre el funcionamiento psíquico y qué determina la conducta. El autor concibe al hombre en situación “como sujeto y objeto de la Historia, producto y productor de la misma, receptor y transformador potencial de la Situación en la que vive” (Carrasco, 2006, p.85). Con Historia se refiere a un desarrollo longitudinal en el tiempo y con Situación al corte transversal en ese desarrollo. Pensar al ser en Situación implica pensar en un momento, en un punto de ese trayecto longitudinal que se da en un espacio determinado. Para Carrasco (2006) el individuo es reflejo del contexto en el que la persona vive.

Lo interesante de los planteos de Bronfenbrenner y Carrasco es que, si bien son distintos y no se pretende forzar o enlazar conceptos, ambos consideran que pensar al individuo implica tener en cuenta dimensiones que lo exceden. En el caso del presente trabajo, lo complejo de abordar el apego entre padres varones e hijos/as, obliga a pensar esas distintas dimensiones, como el ambiente, el contexto, la cultura, que inciden en la forma en que se establece ese lazo tan importante.

Generalidades de la teoría del apego

Los orígenes (década del 50 y 60 del Siglo XX)

La teoría del apego, una de las principales teorías que explica el proceso de desarrollo social y afectivo que da lugar al establecimiento de vínculos afectivos en las etapas tempranas de la vida (Carrillo, 2008), fue fruto del trabajo conjunto del psicoanalista inglés John Bowlby (1907-1990) y la psicoanalista estadounidense Mary Salter Ainsworth (1913-1999).

Su historia de desarrollo comenzó en 1930, con el interés de Bowlby en el vínculo entre la pérdida o privación materna y el posterior desarrollo de la personalidad y con el de Ainsworth, en la teoría de la seguridad; ambos trabajaron de forma independiente durante sus primeras carreras y fueron influenciados por Freud y otros pensadores psicoanalíticos (Bretherton, 1992).

Esta teoría fue revolucionaria para la psicología ya que proporcionó otros modos de pensar a los seres humanos y los vínculos que se entablan desde el nacimiento. Si bien Bowlby coincidía con los psicoanalistas en la importancia de las relaciones tempranas, proporcionó una visión distinta al psicoanálisis en diversos aspectos. No solo renovó la teoría psicoanalítica poniendo el acento en la adaptación evolutiva y la teoría de los sistemas y no en la pulsión como motivación del comportamiento, sino que aportó una concepción del niño en un contexto relacional y no como un individuo aislado (Sroufe, Szteren & Causadias, 2014).

Bowlby, influenciado por Melanie Klein, pretendió contrarrestar sus ideas a partir de otras investigaciones. Klein sostenía que los problemas emocionales de los niños se debían casi exclusivamente a fantasías generadas por conflictos internos, más que a acontecimientos del mundo exterior por lo que prohibió a Bowlby hablar con la madre de un niño de tres años que analizó bajo su supervisión. Bowlby, al formarse con trabajadores sociales, creía que las experiencias familiares reales eran una causa mucho más importante de los trastornos emocionales. Su nueva teoría levantó una gran tormenta en la Sociedad Psicoanalítica Británica y muchos psicoanalistas lo tildaron de conductista y si bien siguió siendo miembro de la sociedad nunca más la utilizó como un foro para discutir sus ideas (Bretherton, 1992).

Por otra parte, Ainsworth llegó a finales de 1950 a la unidad de investigación de Bowlby, quien ya venía observando a niños/as hospitalizados e institucionalizados que estaban separados de sus padres (Bretherton, 1992).

Es así que Bowlby pasó de hablar de relaciones objetales, propio de las obras psicoanalíticas, a referirse en términos de apego y figuras de apego.

Cuatro teorías fundamentales referentes a la naturaleza y origen de los lazos infantiles

Bowlby (1998) planteó que hasta 1958, en la literatura psicoanalítica y en las obras de psicología en general, solían defenderse cuatro teorías fundamentales. La primera y la más difundida la denominó “teoría del impulso secundario”, la cual postulaba que el niño tiene una serie de necesidades fisiológicas que deben ser satisfechas, como el alimento y el calor y, el hecho de que el bebé se apegue a una figura humana (en especial a la madre), se debe a que ésta satisface esas necesidades y a que el pequeño aprende que la madre es su fuente de gratificación. La segunda, la “teoría de succión del objeto primario”, planteaba que en los bebés existe la propensión innata a entrar en contacto con el pecho humano, succionarlo y poseerlo oralmente y el bebé aprende que ese pecho pertenece a la madre por lo que se apega a ella. La tercera, denominada “teoría del aferramiento a un objeto primario”, hablaba de la propensión innata de los bebés a entablar contacto con otros seres humanos y aferrarse a ellos fruto de una necesidad de carácter tan primario como la del alimento y el calor. Y la cuarta, “teoría del anhelo primario de regreso al vientre materno”, planteaba que los bebés estaban resentidos por haber sido desalojados del vientre materno y ansiaban regresar a él.

Tanto la teoría de succión del objeto primario como la teoría del aferramiento a un objeto primario, fueron las que más se acercaron a la hipótesis de Bowlby, pero difirió por completo en el sentido que su hipótesis se basaba en la teoría de la conducta instintiva y afirmaba que “el lazo que une al niño con su madre es la versión humana de una conducta generalmente muy clara en muchas especies” (Bowlby, 1998, p. 254).

El proyecto inicial de la teoría del apego se basó en conceptos de la teoría de la evolución y en hallazgos de estudios con otras especies animales que se constituyeron como antecedentes importantes en la estructuración de teorías sobre el desarrollo afectivo en humanos (Carrillo, 2008).

En primer lugar, estudios que realizó el etólogo Lorenz en 1935 que tuvieron difusión en 1950, demostraron que en la cría de gansos y patos puede desarrollarse una conducta de apego sin que éstas reciban comida o cualquier otra recompensa tradicional, como también ocurría con perros, ovejas y monos. Bowlby destacó la importancia de la observación de los animales en su ambiente natural y de las respuestas instintivas, sin embargo, muchos de sus colegas no se mostraron convencidos de que la etología fuera relevante para pensar la relación madre-hijo, incluyendo a Ainsworth (Bretherton, 1992).

Como Bowlby consideraba que la creencia de que los niños se apegan en la necesidad de satisfacer necesidades biológicas surgía de un supuesto y no de la experimentación, gran parte de su teoría se sustentó en observaciones que hicieron etólogos y psicólogos

experimentales en primates subhumanos, encontrando similitudes y diferencias con el comportamiento de los seres humanos. Más allá de las similitudes que planteó, tuvo en cuenta diferencias como en la estructura cerebral de aves y mamíferos, destacando la importancia de lo biológico y no dejando por fuera cuestiones innatas que traen los animales al momento de nacer y que son relevantes para entender la conducta de apego.

Una de las diferencias que planteó Bowlby (1998) entre los animales y los humanos es que, en el caso de los primeros, las crías nacen bastante desarrolladas como para moverse por su propia cuenta a diferencia de los segundos que nacen en un estado de gran inmadurez y su desarrollo es más lento, por lo que la conducta de apego tarda más en aparecer. El bebé humano toma conciencia de la figura materna muy lentamente y busca su compañía cuando logra empezar a moverse con cierta autonomía, de todas formas, puede distinguirla de otras personas u objetos antes de poder aferrarse o marchar hacia ella.

En base a investigaciones empíricas, se pudo observar que en la mayoría de especies, las crías tienden a mantener la proximidad hacia su madre y restaurarla cuando se interrumpe, esa búsqueda de proximidad forma parte de la conducta de apego. Las crías desarrollan la capacidad de distinguir a sus propios progenitores y por este motivo tienen una conducta especial hacia ellos, reconociéndolos y comportándose de manera diferente en comparación con otros animales. En el caso de la mayoría de los bebés, alrededor de los tres meses, al ver a la madre sonríen y vocalizan con mayor prontitud y si bien manifiestan cierta discriminación perceptual, la conducta de apego se pone en juego recién cuando se busca la proximidad ante situaciones de estrés o angustia (Bowlby, 1998).

Un experimento clave para acercarse a dichas conclusiones, fue el de Harlow y Zimmermann en 1959 (citado por Bretherton, 1992) con crías de monos separadas de sus madres después de nacer, que podían elegir entre un modelo de madre sustituta de alambre que le daba alimentos o una suave madre de felpa que no se los daba. Se demostró que las crías pasaban la mayor parte del tiempo con la madre de felpa, acudían a ella si se sentían amenazadas y de hecho mostraban conductas exploratorias en su presencia, a diferencia de lo que ocurría con la madre de alambre a la cual no le dedicaban más de una hora y solo para alimentarse. Vale aclarar que, ninguno de los monos tuvo un desarrollo adecuado por criarse en esas de condiciones y que este tipo de experimentos, se dieron en un contexto histórico donde era permitida y naturalizada la crueldad hacia los animales en nombre del conocimiento, y que hoy en día existen otro tipo de consideraciones éticas al respecto.

En base a los descubrimientos que se realizaron en animales, Ainsworth pretendió estudiar qué ocurría en el caso de los niños/as pequeños y cómo se caracterizaba la conducta de apego. El énfasis fue puesto en la interacción madre-hijo porque las familias con las que

trabajó se caracterizaban por tener a las madres como las cuidadoras principales, dado que eran ellas quienes pasaban mayor tiempo con sus hijos/as pequeños. Los hallazgos que fueron sumamente importantes para que la teoría del apego se convirtiera en una construcción sólida que sigue nutriéndose de nuevos aportes, deben pensarse en un momento histórico, así como tener en cuenta cuestiones culturales que hicieron que el énfasis haya sido puesto en la interacción del bebé con la madre y no con el padre.

Sin embargo, los descubrimientos en animales mencionados fueron fundamentales para pensar y seguir problematizando las relaciones de hoy en día que se dan entre los bebés y los cuidadores, en el sentido de que probaron que lo que da lugar a la conducta de apego, entre otras cosas, es el contacto agradable y no tiene que ver puramente con aspectos que se desprenden de la satisfacción de las necesidades biológicas, como, por ejemplo, la alimentación. Esta postura, invita a pensar qué ocurre en el caso de padres varones que por una cuestión anatómica no dan pecho, en aquellas madres que por distintas causas biológicas o circunstancias no pueden o quieren amamantar, o en aquellos padres y madres adoptivos. También fueron importantes para pensar si estas relaciones cambiaban de persona a persona o si eran inherentes a la especie.

Los descubrimientos de Ainsworth

Como se mencionó anteriormente, Ainsworth defendía la teoría de la seguridad, la cual planteaba que los lactantes y niños/as pequeños necesitan desarrollar una dependencia segura de los padres antes de lanzarse a situaciones desconocidas, teoría que desafiaba las ideas freudianas. Es a partir de 1950 que comienza a trabajar con Bowlby y se une a su equipo de investigación, donde aporta una enorme experiencia en el desarrollo de instrumentos y diagnósticos para la investigación sobre el apego (Bretherton, 1992).

Ainsworth realizó dos importantes investigaciones para estudiar las particularidades del apego entre el niño/a y su figura materna, mediante la observación sistemática de esa interacción, en la inquietud de constatar si existían o no diferentes tipos de relaciones afectivas. Uno de los primeros estudios longitudinales en el área del desarrollo socio-emocional lo realizó cuando viajó a Uganda en 1954, donde seleccionó una muestra de 28 niños/as y sus madres y los observó cada dos semanas en sus casas durante nueve meses, fue ahí que realizó su primera clasificación de apego (apego seguro, inseguro y no apego) que relata en el libro *Infancia en Uganda* (1967). En el año 1962, llevó a cabo su segundo estudio longitudinal en Baltimore, también mediante observaciones naturalistas, donde participaron 26 niños/as (de no más de un año de edad) y sus madres, en el transcurso de tres semanas. La psicoanalista encontró diferencias en el comportamiento de apego de los

niños de Uganda y Baltimore, lo que la llevó a diseñar la metodología de laboratorio a la cual llamó Situación extraña (Carrillo, 1999), que arrojó una segunda clasificación (apego seguro, apego inseguro evitativo y apego inseguro ambivalente).

Los hallazgos de Ainsworth con los niños/as de la tribu Ganda en Uganda, mostraron que la conducta de apego se pone de manifiesto con toda claridad a los seis meses y esto se demuestra no solo con el llanto del niño/a cuando la madre sale de la habitación, sino el modo en que la saluda cuando regresa, con sonrisas. De todas formas, existe una diversidad de edades a las que diferentes niños/as ponen de manifiesto por primera vez el sistema de conductas de apego, el cual puede manifestarse desde antes de los cuatro meses hasta después de los doce, por lo que se deben tener en cuenta las amplias variaciones individuales. Poco después de empezar a gatear, el bebé realiza breves incursiones alejándose de la madre buscando explorar otros objetos y personas porque se siente en confianza para explorar, sin embargo, vuelve para asegurarse que la madre sigue allí (Bowlby, 1998).

En 1970, Ainsworth diseñó el procedimiento de la situación extraña para evaluar las diferencias individuales en la organización de la conducta de apego hacia la madre en bebés de entre doce y dieciocho meses, donde se evaluaron cien familias estadounidenses de clase media. Como detalla Bowlby (1998), se llevaban a cabo series de episodios de tres minutos, durante las cuales el niño era observado en una sala de juegos pequeña y cómoda pero extraña. Primero se observaba al niño en presencia de la madre, luego sin ella y por último cuando ésta retornaba. "El procedimiento da lugar a una situación de tensión acumulativa, en la que se tiene la oportunidad de estudiar las diferencias individuales en cuanto a cómo los bebés se sirven de su cuidadora como base para la exploración, a su capacidad para obtener comodidad de ella, y al equilibrio apego-exploración, durante las series de situaciones cambiantes (Bowlby, 1998, p. 439).

A partir de sus observaciones de díadas madre-bebé en sus interacciones en ambientes naturales de la vida cotidiana, principalmente en el hogar, Ainsworth introdujo la dimensión de la seguridad en el apego y en base al experimento de la situación extraña realizó distintas clasificaciones, lo que dio paso para que se estableciera el apego como constructo.

El apego y los distintos patrones

Bowlby (1998) realizó una clara distinción entre el concepto de apego y el de dependencia. Para el autor, la palabra dependencia indica el grado en que un individuo está subordinado a otro para asegurar su supervivencia, en cambio el término apego hace referencia a una forma de conducta. "Mientras la dependencia es absoluta en el momento del nacimiento y disminuye más o menos gradualmente hasta la madurez, el apego todavía no se ha forjado al nacer y solo se pone en evidencia de un modo muy claro después de los seis meses" (Bowlby, 1998,

p. 309). Como plantean Sroufe, Szteren y Causadias (2014), la cercanía a los cuidadores no dificulta el desarrollo de la autonomía personal en el futuro, sino todo lo contrario, aquellos bebés que puedan estar más cerca de los cuidadores en sus primeros años de vida van a desarrollar una base segura que les permitirá explorar y ser independientes en el futuro. Para Bowlby (1998), la conducta de apego cumple una función biológica muy concreta y no se trata de necesidades o impulsos.

A partir de los estudios en Uganda mencionados anteriormente, Ainsworth identificó tres patrones de apego en los niños. Los niños/as con apego seguro se mostraban interesados en explorar el ambiente en presencia de la madre, parecían contentos y la frecuencia del llanto era baja. En el caso de los niños con apego inseguro mostraban poca exploración y el llanto era frecuente. Y, los niños aún no apegados manifestaban un comportamiento neutro, sin señales de atención especial hacia la madre (Bretherton, 1994, citado por Carrillo, 2008).

Luego y en base al procedimiento de la situación extraña, Ainsworth (1978) realizó una segunda clasificación. Puntuó con apego seguro (el patrón de apego ideal) a aquellos niños/as que utilizan al cuidador como base segura para explorar el ambiente, estableciendo contactos visuales, verbales o físicos. Estos niños muestran cierto grado de ansiedad y lloran ante la separación con el cuidador, buscando aproximarse, como también manifiestan claras señales de bienvenida cuando se reúnen con el cuidador, dirigiéndose a él, levantando los brazos para ser alzados, calmándose fácilmente y mostrando señales de afecto. Una vez calmados pueden regresar a la exploración. Los niños/as con apego inseguro evitativo se caracterizan porque exploran inmediatamente el ambiente no familiar y no muestran comportamientos que indiquen que utilizan al cuidador como base segura. Muestran poca ansiedad cuando sale el cuidador y continúan explorando. Además, evitan el contacto con el cuidador y permanecen interesados en los juguetes. En el tercer tipo, llamado apego inseguro ambivalente o resistente, los niños/as muestran altos niveles de estrés a lo largo del procedimiento. No aparece el interés por explorar, permanecen sentados en el lugar inicial o quieren estar cerca de sus cuidadores. Cuando se separan de ellos, lloran intensamente, los llaman o gritan y durante las reuniones, buscan su contacto; una vez alzados muestran comportamientos de rabia y deseos de separarse de los cuidadores, en vez de ser consolados.

Vale destacar que, en las observaciones de Ainsworth, el apego seguro estaba significativamente correlacionado con la sensibilidad materna, los bebés de madres sensibles tendían a tener un apego seguro, mientras que los bebés de madres menos sensibles tendían a ser clasificados como inseguros (Bretherton, 1992). “Los patrones de apego esbozados hasta el momento están organizados de distintas formas: el apego seguro está organizado de manera flexible, existiendo un equilibrio entre el apego y la exploración; en el apego resistente

hay una orientación excesiva hacia la madre y poca exploración; mientras que en el apego evitativo el niño es capaz de explorar, pero no de buscar el consuelo de la madre” (Sroufe, Szteren & Causadias, 2014, p. 33). A estos tres tipos de apego, se agrega un cuarto a la clasificación denominado apego desorganizado o desorientado, que fue identificado en 1986 por Main y Solomon, el cual surgió en base a las dificultades observadas en la clasificación de los patrones en poblaciones en riesgo, por ejemplo, madres con características psicopatológicas o condiciones de maltrato del niño en la familia. El niño/a presenta comportamientos contradictorios y desorganizados que reflejan características de los otros tres tipos de apego (Carrillo, 2008). Como plantean Sroufe, Szteren y Causadias (2014), en este tipo de apego el cuidador resulta una amenaza para el bebé, quien huye de esa fuente de miedo y se produce una gran desorientación e incoherencia en las respuestas del niño, así como confusión.

Por otra parte, Oliva (2004) plantea que si una persona durante su infancia tuvo un apego seguro con sus padres u otras personas significativas que se mostraron sensibles, responsivos y consistentes, en su vida posterior tendrá una actitud básica de confianza en las personas con las que se establezcan relaciones. A partir de las relaciones con las figuras de apego, se construye el modelo interno activo que planteó Bowlby en 1980, el cual definió como una representación mental de sí mismo y de las relaciones con los otros, que le va a servir al sujeto para percibir e interpretar las acciones e intenciones de los demás, así como para dirigir su conducta. Este modelo constituye la base de la propia identidad y de la autoestima y va a tener una profunda influencia sobre las relaciones del sujeto. Si el sujeto ha tenido experiencias negativas, tenderá a no esperar nada positivo, estable o gratificante de las relaciones que pueda establecer en su vida adulta, esperará rechazos o falta de respuesta empática (Oliva, 2004). Del mismo modo, “cuanto más inseguro es el vínculo que une al niño con su figura principal de apego, más inhibido estará para desarrollar vínculos parecidos con otras personas” (Bowlby, 1998, p. 405).

Si bien las investigaciones sobre el apego apuntan a las relaciones tempranas de los seres humanos y lo que acontece en los primeros años de vida, vale aclarar que la conducta de apego perdura a lo largo del tiempo, aunque se manifieste de otras formas. En el caso de los bebés, durante el segundo año de vida y la mayor parte del tercero las manifestaciones del sistema de conductas de apego no son menos intensas ni menos frecuentes que hacia fines del primer año. A los tres años los niños/as suelen ser mucho más capaces de aceptar la ausencia temporal de la madre y ponerse a jugar con pares. La conducta de apego se pone de manifiesto en la mayoría de niños y con mayor claridad hasta casi el final del tercer año (Bowlby, 1998).

Siguiendo con los planteos de Bowlby (1998), después de los tres años, la mayoría de niños/as adquieren un grado mayor de confianza hacia figuras subsidiarias, como pueden ser parientes o maestros, con quienes el niño debe haberse familiarizado preferentemente en compañía de la madre. La conducta de apego sigue siendo muy importante en la vida del niño durante la latencia y, en la adolescencia y en la vida adulta cambia. En la adolescencia, por ejemplo, puede dirigirse hacia grupos e instituciones como la escuela, la universidad, grupos de trabajo, etc.; incluso en algunos casos estas figuras pueden ser principales y no subsidiarias. Vale destacar que la conducta siempre se intensifica cuando la persona se siente en peligro, lo que la lleva a buscar la proximidad a una figura.

Bowlby (1998) también planteó que la intensidad con que se manifiesta la conducta de apego puede variar de un día a otro, incluso en término de unas horas. Las variables que explican esos cambios pueden ser orgánicas y/o ambientales. Las primeras tienen que ver con el individuo cuando tiene hambre, fatiga, alguna enfermedad o siente tristeza o dolor, y las segundas se refieren específicamente al ambiente, principalmente cuando el niño/a se siente amenazado por alguna situación. Aquí se reafirma el planteamiento de Bronfenbrenner, ya que se puede observar claramente que las variaciones de la conducta de apego dependen no solo del individuo sino de las circunstancias del ambiente.

Para considerar la importancia del apego no solo implica pensar lo que sucede en las relaciones tempranas de los individuos, sino tener en cuenta que cumple una función fundamental durante toda la vida. Como plantea Bowlby (1998) “llamar regresiva a la conducta de apego de los adultos es, desde luego, ignorar el papel esencial que desempeña ésta en la vida del hombre desde la cuna hasta la sepultura” (p. 284).

Bowlby (1998) expresó que “el vínculo que une al niño con su madre es producto de la actividad de una serie de sistemas de conducta, cuya consecuencia previsible es aproximarse a la madre” (p. 249) y que, una vez iniciado el segundo año, casi siempre se advierte una conducta típica que refleja los vínculos de apego creados. También planteó que en la mayoría de los niños puede activarse fácilmente el conjunto de tales sistemas de conducta particularmente cuando la madre se marcha o a causa de cualquier hecho que les produzca temor (Bowlby, 1998).

El planteamiento de Bowlby puede pensarse en relación al Modelo Ecológico del desarrollo en que tiene que ver con el individuo y su interacción con el ambiente. El autor considera que la conducta de apego tiene lugar cuando se activan determinados sistemas de conducta (como la succión, el aferramiento, el seguimiento, el llanto y las sonrisas), sistemas que se desarrollan en el bebé como resultado de su interacción con el ambiente y en especial con la principal figura de ese ambiente, la madre. Es importante destacar que, si bien hay pruebas

de que los cuidados de la madre hacia el bebé influyen en el modo en que se desarrolla la conducta de apego, no debe olvidarse el grado en que el mismo niño inicia la interacción (Bowlby, 1998).

Bowlby y Bronfenbrenner coinciden en que el bebé no es una tabula rasa al nacer. El bebé está equipado con una serie de sistemas de conducta preparados para entrar en actividad, sistemas que se activan por medio de ciertos estímulos. "A partir de esas bases rudimentarias, surgen todos los sistemas sumamente discriminados y complejos que, durante los últimos años de la infancia y, desde luego, durante toda la existencia posterior, intervienen en el apego, dirigido hacia ciertas figuras en particular" (Bowlby, 1998, p. 354).

Para que exista el apego se necesita de dos individuos que se relacionen de forma recíproca, aunque no lo hagan de la forma adecuada o ideal. Visualizar las formas en las que se manifiesta la conducta de apego implica pensar el lazo y no solamente en un individuo u otro por separado, sino en la interacción entre ambos. Sin embargo, se supone que una de las partes de la interacción se encuentra en una posición de ventaja y responsabilidad en lo que respecta a la formación del lazo. No cabe dudas que los seres humanos se apegan a sus cuidadores independientemente del tipo de vínculo, ya sea si se construye desde el afecto y la calidez, así como si se construye desde lo hostil. El apego puede dirigirse hacia distintas figuras, quienes juegan un rol fundamental en la construcción de dicho lazo.

Figuras hacia las que se dirige la conducta de apego

Bowlby (1998) afirmó que, en la mayoría de los bebés, la conducta de apego en relación a una figura preferida se desarrolla durante el primer año de vida y una vez que el niño se siente fuertemente apegado a esa figura en particular, la prefiere frente a las demás. Sin embargo, casi desde un principio, especialmente durante el segundo año, muchos niños dirigen su conducta de apego hacia más de una única figura, aunque estas no reciben el mismo trato que la figura de apego central. Como plantea el autor (1998), desde un punto de vista empírico, en casi todas las culturas, la persona que suele ser la figura principal es la madre y es posible que las figuras subsidiarias sean el padre, hermanos u otros parientes. Sin embargo, afirma que el papel de la figura central puede ser cumplido por otras personas distintas a la madre biológica, ya que la elección depende de quién brinde los cuidados y cómo se componga el hogar. El papel de figura principal de apego puede ser asumido con eficacia por otras personas, siempre y cuando se brinde afecto y cuidados al niño, aspecto clave para el desarrollo del presente trabajo.

Si bien la conducta de apego puede dirigirse hacia otras figuras, el apego con la figura central no disminuye, sino que, por el contrario, cuanto mayor es el número de figuras hacia las cuales el niño se apegan, más intenso es el apego con la figura principal (Bowlby, 1998).

Lo curioso es que la conducta de apego puede desarrollarse y dirigirse hacia una figura que nada ha hecho por satisfacer necesidades fisiológicas porque lo que determina las figuras hacia quienes se apegan los niños, es la rapidez con la que la persona reacciona ante el bebé y las interacciones entabladas con el mismo.

Por otra parte, no es lo mismo hablar de figura de apego que de compañero de juego. Cuando el niño/a está cansado, hambriento, enfermo o se siente amenazado, busca a la figura de apego, por el contrario, busca un compañero de juego cuando está de buen humor y conoce el paradero de su figura de apego (Bowlby, 1998). Esta distinción es importante para trabajar las relaciones de apego entre padres varones e hijos/as que se desarrollarán más adelante porque una de las asociaciones que se hizo por mucho tiempo al padre fue respecto a su participación desde un lugar lúdico.

La elección de la figura o figuras hacia quienes se dirige la conducta de apego no es arbitraria o casual, tiene que ver con distintos factores como la dinámica familiar, la disponibilidad, el trato y la forma en que se responde a las necesidades de los niños pequeños. En este sentido, es importante trabajar el concepto de sensibilidad del cuidador, independientemente de quién encarna ese lugar, concepto fundamental para pensar el apego.

Sensibilidad del cuidador

Las observaciones pioneras de Ainsworth le permitieron elaborar la conceptualización del cuidado temprano, descrita a partir de cuatro características del comportamiento materno, desde lo más positivo hasta lo más negativo: 1) Aceptación-rechazo, 2) cooperación-interferencia, 3) accesibilidad-ignorar y 4) sensibilidad-insensibilidad (Carbonell, 2013).

La primera característica se refiere a los sentimientos positivos (como amor, aceptación, ternura, protección, goce compartido o cualquier tipo de reacción positiva generada por el niño/a pequeño) y sentimientos negativos (como rabia, resentimiento, irritación y rechazo o emociones negativas generadas por el comportamiento del niño/a) que se presentan en la madre o cuidador principal debido a las exigencias y demandas que implican el cuidado infantil, partiendo del supuesto que existe cierta ambivalencia entre estos sentimientos y que la cuestión está en qué medida el cuidador principal pueda equilibrarlos de forma que no prime lo negativo sobre lo positivo en la relación. En el caso de la segunda, con cooperación se refiere a la capacidad del cuidador en sincronizar o sintonizarse afectivamente y en el comportamiento del niño/a, lo cual implica respetarlo y considerarlo autónomo, activo y dándole valor a sus deseos, sentimientos y actividades. En el otro extremo está la interferencia, que ocurre cuando el cuidador no respeta las iniciativas o autonomía del niño, niega sus necesidades, deseos, sentimientos y actividades porque impone su voluntad y

deseos sobre los de él; estos adultos suelen controlar, entrenar y castigar para que los niños se comporten acorde a sus expectativas, sin escuchar la voz del niño. En la tercera característica del comportamiento del cuidador se refiere con accesibilidad a la disponibilidad física y psicológica del adulto cuidador respecto a las necesidades del niño pequeño, permitir la cercanía, el contacto físico y mostrarse dispuesto emocionalmente y con gusto por estar y compartir tiempo con él. En el extremo negativo, están los cuidadores que ignoran las necesidades y comunicaciones del niño por estar focalizados en las propias, por lo que no se muestran disponibles emocionalmente. Por último, la cuarta característica se refiere en el componente positivo a la habilidad del cuidador de estar alerta a las señales comunicacionales del niño, interpretarlas y responderlas pronta y correctamente. El extremo opuesto es cuando el cuidador ignora las comunicaciones del niño o las interpreta incorrectamente por lo que no responde a esas necesidades lo cual da lugar a que señales negativas como el llanto se intensifiquen (Carbonell, 2013).

A partir de distintas investigaciones psicológicas, específicamente desde la teoría del apego, se puede afirmar que la calidad del cuidado por parte de la madre y de aquellos adultos encargados de cuidar a los bebés y niños pequeños, juega un papel clave en el desarrollo infantil. En base a las experiencias de Ainsworth, se plantea una asociación significativa entre la sensibilidad del cuidador y la seguridad emocional del niño (Carbonell, 2013), donde los cuidados basados en aquellas características positivas del cuidador van a tender a generar apegos seguros.

Vale destacar que un cuidador insensible, no es aquel que responde al niño de forma hostil o desagradable, la insensibilidad del cuidado ocurre cuando el cuidador falla o no logra leer e interpretar adecuadamente los estados emocionales del bebé o niño pequeño. Del mismo modo, no se puede igualar sensibilidad del cuidado con calidez o amor, ya que se trata de dos conceptos distintos. “El comportamiento sensible de cuidado, es producto de una relación recíproca y coordinada donde ambos interlocutores, adulto cuidador y niño, están en una relación de cooperación y sintonizada, tanto emocional como comportamentalmente” (Carbonell, 2013, p. 204).

Investigaciones en niños competentes en el preescolar que se encuentran en situaciones de adversidad social y económica han demostrado que, los dos factores más importantes son, por un lado, poseer un apego seguro con la madre entre los 12 a 18 meses de edad y por otro, que la misma tenga un cuidado sensible y emocionalmente responsivo a sus necesidades (Egeland, 1993, citado por Carbonell, 2013). En contraposición, los niños que han sufrido un cuidado emocionalmente insensible, muestran dificultades severas en todas las áreas del desarrollo, incluso en etapas posteriores de la vida (Dozier, Lindhiem, &

Ackerman, 2007; Egeland et al., 1993; Shonkoff & Phillips, 2000; Zeanah & Smyke, 2007, por Carbonell, 2013)

Como plantean Sroufe, Szteren y Causadias (2014), si el cuidador se muestra sensible a las necesidades del niño, éste aprenderá que el mundo es un lugar seguro y que puede confiar en los demás. Por el contrario, si es inconsistente o lejano, el niño aprenderá a preocuparse en exceso por las relaciones o distanciarse emocionalmente.

En el transcurso del trabajo y a raíz de aportes de distintos autores, se han evidenciado algunas certezas en relación a los vínculos tempranos y los lazos que los niños/as construyen con sus cuidadores principales. Claro está que los niños se apegan a determinadas figuras, independientemente del vínculo que se establezca y de la de sensibilidad o no de esos cuidadores, lo que da lugar a los distintos tipos de apego y sus posteriores consecuencias en el desarrollo. Sin embargo, la teoría del apego hizo hincapié primordialmente en la figura materna, generando que por mucho tiempo sus estudios estuvieran focalizados en la relación madre- hijo/a y dejando en un segundo lugar el estudio del apego entre padres varones e hijos/as.

Una crítica a nuestra disciplina

La búsqueda de bibliografía para la realización de este trabajo resultó bastante compleja, en el sentido de que la mayoría de investigaciones que tratan sobre la paternidad y las relaciones entre padres varones e hijos están dadas desde la sociología, estudios de género y familia y/o la antropología. No cabe dudas que el ejercicio de la paternidad está atravesado no solo por características individuales sino por cuestiones sociales, políticas y culturales. Por lo que, los estudios que se realizaron en distintas disciplinas no pueden deslindarse a la hora de abordar la cuestión desde la psicología. Sigue haciendo falta que se investigue desde esta disciplina el impacto que tiene el rol del padre en el desarrollo socioemocional del niño/a.

Por esta razón, el presente trabajo ha pretendido hasta el momento sistematizar e integrar literatura sobre la teoría del apego y la importancia del cuidado sensible por parte de los cuidadores principales para un adecuado desarrollo socioemocional en los niños y niñas. A partir de ahora buscará indagar sobre cómo pensar estos constructos en relación al involucramiento paterno desde una perspectiva de la psicología del desarrollo, que va a tener en cuenta aspectos como qué hace el padre para promover el desarrollo de los niños/as, cuál es la calidad del tiempo que comparte, cómo participa en actividades de cuidado y lúdicas en la crianza, cómo se caracteriza el cuidado de los padres y cómo estos pueden oficiar de base segura y figuras de apego. Cuando se habla de la importancia del cuidado, se hace referencia a la teoría del apego y una de las tantas interrogantes que surgen es cómo el constructo de sensibilidad materna puede ser abordado desde los padres varones.

Como expresa Sefton (2006), la reciente preocupación histórica por la paternidad no solo proviene de cambios como el aumento de mujeres en el campo de trabajo, sino también del aumento de familias uniparentales donde el padre es el responsable, el aumento del desempleo de los hombres y de movimientos masculinos que vienen creciendo cada día y que exigen que se amplíen sus derechos de paternidad.

El lugar del padre dentro de la psicología del desarrollo.

En las etapas iniciales de la teoría del apego y en muchas investigaciones se habló exclusivamente de la figura materna como principal figura de apego. Por este motivo, muchos investigadores seleccionaban solamente a las madres para conformar las muestras en la mayoría de estudios sobre apego. Carrillo (2008) plantea que la negligencia en la consideración de otros miembros de la familia obedeció a la influencia psicoanalítica de la época que hacía énfasis en la exclusividad de la relación madre-hijo como fundamento del desarrollo psicológico de los niños/as. Sumado a esto, también se debe tener en cuenta la tradicional división de roles dentro de la familia, en la cual el padre era encargado de proveer los recursos y la madre la que debía dedicarse a las tareas de la casa y cuidado de los hijos/as, para pensar los estudios de las relaciones tempranas de los individuos.

Autores como Lamb y Parke, a finales de los años 70 y principios de los 80, fueron claves ya que plantearon la omisión del padre y otros miembros de la familia dentro de la categoría de posibles figuras de apego. A partir de esos años, hubo un incremento en el interés de estudiar el rol del padre en el desarrollo de los niños, empezando a considerarlo como una figura de apego principal, más que una figura subsidiaria. Los autores mencionados pretendían estudiar las formas en que los padres se involucraban con sus hijos y los posibles beneficios que traían para el desarrollo de los mismos. Plantearon que la crianza y el cuidado de los hijos/as no era algo exclusivo de las madres y que los padres podían involucrarse afectivamente con ellos.

Los aportes de Lamb. Michael Lamb es un psicólogo estadounidense que se interesó, entre otras cosas, en las investigaciones sobre las relaciones familiares tempranas. Sus hallazgos en la década del 70 sobre el papel de los padres y la importancia de los mismos en el desarrollo de los niños, fueron claves para repensar el vínculo padre-hijo/a.

En uno de sus estudios que realizó en 1977, se propuso investigar la interacción entre madres e hijos y padres e hijos durante el primer año de vida. Se escogieron veinte bebés (diez niños y diez niñas) cuando tenían 7, 8, 12 y 13 meses de edad y se observaron en sus casas interactuando con sus padres cuando ambos estaban presentes. De esta investigación se obtuvo como resultado principal que los bebés no mostraban preferencia por ninguno de

los padres en la exhibición de conductas de apego, es decir, que estaban claramente unidos a ambos padres desde los comienzos de las relaciones de apego (Lamb, 1977).

Lamb (1977) sostuvo que las relaciones padre-infante y madre-infante pueden involucrar diferentes tipos de experiencias para los bebés, de modo que tanto la madre como el padre tienen influencias diferenciales en el desarrollo de la personalidad desde la infancia en adelante y que si bien otras investigaciones demostraron que los niños de hasta un año de edad muestran preferencias por sus madres en situaciones más estresantes (coherente con la noción de monotropía de Bowlby), se debe tener en cuenta que los niños están unidos a ambos padres y se debe investigar la naturaleza y consecuencias de ambas relaciones. En el caso del estudio mencionado, las circunstancias en que se demostraron preferencias por alguno de los progenitores no estaban claras, aunque se pudo afirmar que los lactantes se preocupaban por sus padres con la misma frecuencia que por sus madres y que se sentían aliviados por ellos en momentos de angustia con la misma frecuencia que por sus madres.

Otro aporte interesante del estudio fue que las relaciones madre-infante y padre-infante implican distintos tipos de experiencia para los niños y que la naturaleza de esa interacción difiere cualitativamente y consecuentemente, los bebés desarrollan expectativas diferentes y aprenden distintos patrones de comportamiento de cada padre por lo que las dos relaciones tienen consecuencias diferentes para el desarrollo de la sociopersonalidad. Lamb demostró que los padres no son simplemente sustitutos de madres ocasionales, ya que interactúan con sus bebés de manera única (Lamb, 1977). De todas formas, en investigaciones posteriores planteó que las diferencias entre las relaciones que los niños entablan con las madres y padres eran menos importantes que las similitudes.

Los aportes de Parke. El psicólogo Ross Parke (1998) plantea que por tradición nunca se ha considerado al padre comprometido en el cuidado del hijo, dejando la responsabilidad de su crianza casi por completo a la mujer. La psicología ha ignorado el papel del padre durante mucho tiempo, y aunque los aportes de grandes psicoanalistas como Freud y Bowlby eran distintos, concluían en que las madres constituían las figuras más importantes durante la época de la lactancia. Por este motivo, el padre ocupaba un lugar secundario o un papel auxiliar con respecto a la madre.

No existe un tipo único de padre, algunos siguen apartados de la crianza de sus hijos/as, otros participan activamente e incluso los cuidan directamente; los diversos cambios tecnológicos, económicos e ideológicos dan una nueva definición de lo que es ser padre. Uno de los cambios fundamentales que llevaron a que el padre asumiera más responsabilidad en los cuidados y la crianza de sus hijos, fue la incorporación de la mujer al mundo laboral, motivo por el cual muchos padres empezaron a realizar tareas que antes eran de exclusiva

competencia de las madres. Las familias en la sociedad moderna adoptan diversas formas, ya no se trata de pensar únicamente en la familia tradicional donde la madre se encarga de cuidar a los hijos pequeños y el padre de ganar del sustento económico, sino que en muchas familias ambos progenitores desarrollan actividades profesionales (Parke, 1998).

Parke introduce la cuestión cultural para pensar el lugar del padre, cuando hace la distinción entre la mayoría de culturas del mundo, donde las madres son primordialmente cuidadoras y los padres desempeñan un papel menor, y otra minoría de culturas mundiales donde los hombres y las mujeres se dividen la asistencia a los niños/as pequeños más equitativamente. Tal es el caso de los indígenas de las islas Trobriand en Melanesia, donde el padre participa activamente del cuidado, la alimentación y el transporte de los hijos pequeños o, por ejemplo, la de los tairas de Okinawa y la de los ilocos de Filipinas donde ambos progenitores comparten equitativamente la asistencia y los cuidados al lactante. Estas excepciones que plantea el autor, demuestran que los papeles desempeñados por la madre y por el padre no están predeterminados biológicamente, sino que pueden variar: “la definición de los papeles que corresponden a cada sexo puede variar considerablemente, dependiendo de las condiciones sociales, ideológicas y físicas de las diversas culturas” (Parke, 1998, p. 26).

Otro aspecto interesante que aportó Parke (1998) fue en relación a las observaciones realizadas en animales, las que demostraron que los machos pueden asumir un papel paterno con las crías lactantes, cuidando y alimentándolas. En este sentido, se confirma la idea de que la preparación biológica del comportamiento parental es un mito y no puede ser utilizado para justificar el limitado papel que el padre ha desempeñado tradicionalmente en los cuidados de los hijos/as.

No existe una razón para creer que un progenitor, independientemente del sexo, ejerza mayor influencia sobre el desarrollo del niño/a. Esta influencia puede deberse a la calidad de la interacción que se tenga con el niño, más que a la cantidad de tiempo pasado con el mismo. Parke (1998) destaca la importancia de la actitud que tenga el padre con el hijo/a, cuando están juntos el padre juega, acaricia, habla, controla y organiza actividades infantiles. A su vez puede desempeñar un papel de importancia único en el desarrollo social y cognitivo del niño, ambos se relacionan en un proceso bilateral y se influyen mutuamente. Estos planteos van en la línea del modelo ecológico del desarrollo, ya que el autor considera a los padres como parte de un sistema familiar y propone tener en cuenta todas las relaciones existentes entre los miembros de la familia, es decir, en el microsistema. Él (1998) también afirma que “las familias no están aisladas de otros sectores de la sociedad, sino que están incluidas en una amplia red de sistemas sociales, entre los que se cuentan el vecindario, la comunidad y

la cultura” (p.33), evidenciando la importancia de tener en cuenta el macrosistema para pensar el vínculo padre e hijo/a, relación que se ve afectada por influencias sociales exteriores a la familia.

Determinantes de la paternidad

Como plantea Parke (2000), pensar la participación del padre desde una perspectiva psicológica es una tarea difícil y compleja e implica ir más allá de cuestiones como la ausencia y la presencia del padre o la simple interacción. Una de las cuestiones claves que propone el autor es la importancia de los contextos de participación, como el juego, esparcimiento y actividades de afiliación con el niño, el cuidado directo (alimentación, cambio de pañales, baño), el cuidado indirecto (empacar la bolsa de pañales, lavar ropa, seleccionar ropa para una salida), y la enseñanza o las actividades orientadas al logro (tareas escolares, enseñar alfabeto o números).

En esta misma línea, Lamb (2010) propone que los padres tienen efectos tanto directos como indirectos en los hijos/as, lo que complejiza el análisis. Estos influyen directamente a través de su comportamiento, actitudes y mensajes que transmiten. Por ejemplo, los estilos comunicativos únicos de los padres enseñan directamente a los niños las demandas lingüísticas y comunicativas de los intercambios sociales. Los padres afectan de forma indirecta a través del apoyo económico a la familia, lo que contribuye a la crianza y salud emocional de los hijos, como también pueden influir por la falta de ese apoyo económico. Otra forma de influencia indirecta importante es el papel del padre como fuente de apoyo emocional e instrumental a las demás personas, especialmente a las madres que participan en el cuidado directo de los niños/as. Cuando el padre oficia como fuente de apoyo emocional tiende a mejorar la calidad de las relaciones entre madre e hijo, lo que facilita el ajuste positivo en los niños. También influyen cuando se involucran en tareas domésticas relacionadas con los niños ya que proporcionan ciertos modelos que los niños pueden imitar.

Comprender los determinantes de la participación de los padres requiere una mirada ecológica ya que implica un marco de múltiples niveles y factores, al igual que una mirada desde la psicología del desarrollo. En este sentido, para Parke (2000) existen cuatro niveles determinantes: individuales, familiares, extrafamiliares y culturales y cada uno de ellos tiene múltiples componentes.

A nivel individual, se debe tener en cuenta que la relación padre-hijo/a es cambiante en función de la edad del niño, aunque la mayoría de estudios se han centrado en el impacto que tiene a nivel del desarrollo social, emocional, físico y cognitivo del niño en su infancia. Otro aspecto importante es el momento de la paternidad, por lo que se debe considerar la edad, los estilos de vida, la ocupación, la educación, etc. A su vez, es importante prestar atención a

la entrada en los roles familiares que puede ser determinante en la participación (Parke, 2000), por lo que se torna fundamental poder pensar el significado de la transición ecológica de un individuo que pasa a tener un rol de padre.

En lo que respecta a nivel familiar, se debe tener en cuenta que los padres están incrustados en relaciones diádicas con los hijos, así como las esposas o parejas, y cada una de estas unidades diádicas puede seguir trayectorias del desarrollo separadas que pueden producir diversos efectos (Parke, 1988, Parke & Tinsley 1984, por Parke, 2000). Es decir, las distintas relaciones van a alterar otras relaciones, por ejemplo, lo que suceda entre una madre y un padre, entre un padre y un hermano, etc. La familia ejerce influencia en la participación del padre, así como los tiempos familiares. Se debe tener en cuenta la movilidad residencial, los divorcios, las separaciones; como plantea Parke (2000), son unidades de análisis individuales, diádicas y familiares que se influyen mutuamente.

Estos distintos niveles toman en cuenta no solo al individuo y el microsistema en el que se interrelaciona (por ejemplo, la cantidad de apoyo que un padre recibe de su cónyuge, las relaciones matrimoniales, etc.) sino cuestiones culturales que son fundamentales para pensar el ejercicio de la paternidad. Tal es el caso de factores como la actitud de una cultura respecto a los roles de hombres y la socialización diferencial de niños y niñas, haciendo visible la importancia de incluir al macrosistema en el análisis. En esta misma línea, Lamb (2010) plantea que las ideologías históricas, culturales y familiares informan los papeles que desempeñan los padres y determinan las cantidades de tiempo que los padres pasan con sus hijos/as, las actividades que comparten con ellos y tal vez la calidad de las relaciones entre padres e hijos/as.

Claro está que las madres y padres difieren en el grado de responsabilidad en la gestión de las tareas familiares, desde la infancia hasta la mitad de la niñez, es más probable que las madres asuman el papel de gestoras que los padres. Incluso en familias donde maridos y esposas comparten funciones, es menos probable que los padres se ocupen de la gestión del hogar y del cuidado. De hecho, la mayoría de las parejas caracterizan las contribuciones del marido a las tareas del hogar como “ayuda” (Parke, 2000).

A partir de los planteos de los autores mencionados acerca de los determinantes de la paternidad y las influencias tanto directas como indirectas de los padres en sus hijos, se dio paso a que dentro de la psicología del desarrollo comience a hablarse de involucramiento paterno, como algo mucho más amplio, para referirse a las formas en que los padres se involucran y los beneficios que traen en el desarrollo de los hijos/as.

Involucramiento paterno

El esquema más influyente para definir la participación del padre fue ofrecido por Lamb, Pleck y Levine en 1985 y propone tres componentes: la interacción, la disponibilidad y la responsabilidad. Con interacción se refieren al contacto directo del padre con su hijo a través del cuidado y las actividades compartidas; con disponibilidad al hecho de estar disponible para la interacción, presente o accesible para el hijo independientemente de que se produzca o no una interacción directa; y por último, con responsabilidad al papel que el padre asume para asegurarse de que se cuide al niño y hacer los arreglos necesarios para que los recursos estén disponibles para el niño (Lamb, Pleck, Charnov & Levine, 1987, citado por Parke, 2000)

En primer lugar, se podría plantear como hipótesis que un mayor involucramiento paterno traería como consecuencia efectos directos en el desarrollo de los niños/as. Sin embargo, Lamb (1985) en sus estudios sobre el papel del padre, planteó que el aumento de participación paterna solo puede entenderse en el contexto de la familia, las circunstancias, los valores y las razones de esa mayor participación, por lo que es erróneo ver ese aumento como un objetivo universalmente deseable.

Lamb (1985) planteó que los cambios en los niveles de participación paterna producen cambios importantes en las experiencias y responsabilidades de todos los miembros de la familia, y dado que los cambios en el estado psicológico de cualquier miembro de la familia pueden afectar su comportamiento hacia los demás, pueden producirse efectos indirectos en el desarrollo y la adaptación de los niños, efectos que podrían ser tan importantes como los directos que suelen preocupar a los psicólogos. En este planteo puede visualizarse la importancia nuevamente de una perspectiva ecológica, donde las conexiones entre personas que están presentes en el mismo entorno, influyen de manera indirecta sobre la persona en desarrollo. En este caso, si la participación paterna afecta de una forma u otra no solo al padre, sino al resto de los miembros de la familia (como por ejemplo a la madre), podría pensarse que esto tendría efectos indirectos pero importantes en el desarrollo del niño/a. Se puede afirmar entonces, que tanto los padres involucrados en la crianza de sus hijos como los que no, tienen una influencia significativa.

Tradicionalmente se ha considerado que la realización para los hombres es en términos de éxito ocupacional y económico, mientras que en las mujeres la realización se daba en función de la maternidad. Incluso podría pensarse que en pleno siglo XXI estas creencias se encuentran algo vigentes. Como expresa Lamb (1985), dentro de la familia, un buen padre es aquel visto como proveedor económico encargado de proteger a los otros miembros de la familia de preocupaciones económicas. En la medida en que lo laboral le permite al padre desempeñar un papel más activo en la familia, los padres suelen ser elogiados por su

participación. Pareciera que el sustento económico haya sido la condición de la función paterna, de hecho, hoy en día, el aporte económico para los hijos/as es lo primero que se le exige a un padre, sobre todo frente a separaciones, más que exigencias en cuestiones que tienen que ver con el efecto o el cuidado. No hay dudas que el empleo y las horas de empleo, influyen en la participación paterna. En estudios de familias con roles compartidos, los padres informaron que el avance de su carrera se vio afectado negativamente (Lamb, 2010), además de que muchos de los padres pudieron involucrarse en la crianza de sus hijos recién cuando se encontraban desempleados. Estos estudios arrojaron también que es probable que padres muy involucrados sean percibidos como menos comprometidos o menos serios por sus colegas y superiores y, por lo tanto, su situación profesional y perspectivas futuras se ven afectadas negativamente. Del mismo modo, las experiencias de las madres que trabajan por cuenta propia indican que cuando las responsabilidades familiares impiden la capacidad de trabajar durante largas horas o realizar viajes, las oportunidades y los ascensos pasan a otros, independientemente del desempeño de la persona. Se sabe que actualmente muchas madres tienen jornadas laborales iguales o de mayor carga horaria y responsabilidad que sus parejas y se sigue naturalizando que el cuidado de los hijos/as debe correr por su cuenta.

El aumento de la participación paterna presenta ventajas como desventajas, muchas de ellas asociadas a lo laboral. Entre las ventajas o beneficios se encuentra el potencial de realización personal a través de relaciones más estrechas y ricas de los padres con sus hijos/as, junto con la oportunidad de presencia e influir en su desarrollo de manera más completa. Al igual que en el caso de las madres, la evaluación relativa de costos y beneficios debe depender de los valores y aspiraciones del individuo, así como de circunstancias económicas y sociales. Para las madres, el aumento de la participación paterna debería reducir la carga de trabajo total, tanto en lo familiar como en lo remunerado (Lamb, 1985).

Otra cuestión interesante a destacar que plantea Lamb (1985) es que, la participación paterna disminuye y tal vez elimina la dominación materna en el ámbito de la crianza de los hijos. Algunas mujeres pueden resistirse a ello, por este motivo la participación paterna depende también de cuánto la mujer madre habilite a ese padre a desempeñar tareas de cuidado asumiendo que es responsabilidad de ambos y no de exclusividad materna.

No puede asumirse que la participación paterna tenga consecuencias beneficiosas como perjudiciales, eso va a depender de cada situación en particular y de cada familia. La cuestión radica en entender entonces cómo debe darse ese involucramiento paterno, que se trata de algo más amplio que la simple participación.

Si bien los investigadores ya reconocen que los padres desempeñan una serie de funciones importantes, como compañeros, cuidadores, cónyuges, protectores, modelos, guías

morales, maestros y sostén de la familia, cuya importancia varía según las épocas históricas y los grupos subculturales (Lamb, 2010), gran parte de los datos de observación y encuestas realizadas en los años 70 y principios de los 80 (por ejemplo Lamb, 1977), sugirieron que las madres y padres participan en tipos de interacción bastante diferentes con sus hijos. Los estudios demostraron sistemáticamente que los padres tendían a especializarse en el juego, mientras que las madres en el cuidado y la crianza. Como plantea Lamb (2010), estos resultados se han transgiversado y han dado lugar a representaciones demasiado estereotipadas y unidimensionales de los padres como compañeros de juego. La mayoría de estudios sugieren que las madres juegan más con sus hijos que los padres, pero como el juego en padres es particularmente ruidoso, estimulante y emocionalmente excitante, puede hacer que sobresalga la interacción padre-hijo en este sentido y que se ejerza mayor influencia (Lamb, Frodi, Hwang & Frodi, 1983, citados por Lamb, 2010).

Lo cierto es que las interacciones entre padres e hijos/as van más allá del juego, existen otros patrones de comportamientos que influyen en los niños. Cuando el padre responde, habla, enseña y anima a sus hijos a aprender, predice los logros socio-emocionales, cognitivos y lingüísticos de los niños de la misma manera que lo hace la maternidad sensible (por ejemplo, Conner, Knight & Cross, 1997; Easterbrooks & Goldberg, 1984, Shannon, Tamis-LeMonda, London & Cabrera, 2002, Van Ijzendoorn & De Wolff, 1997, citados por Lamb, 2010).

Distintas investigaciones sobre la paternidad pretendieron entonces investigar los efectos de los padres en los niños, las vías a través de las cuales se ejercen esos efectos, qué aspectos del desarrollo infantil se ven más influenciados, a qué edades y bajo qué circunstancias. Para eso se diseñaron tres tipos de estudios: correlativos, estudios sobre la ausencia del padre y el divorcio y estudios sobre los padres involucrados, sobre estos últimos es que se hará especial hincapié. En los estudios correlativos que se realizaron entre 1940 y 1970, se creía que la influencia paterna tenía que ver fundamentalmente con el padre como modelo de rol sexual, especialmente en hijos varones. Se buscaba evaluar la masculinidad en padres e hijos para determinar cuán fuertemente se correlacionaban los dos conjuntos de puntajes y para gran sorpresa de los investigadores no hubo correlación consistente, sin embargo, se demostró que el calor y la cercanía paterna eran beneficiosos, mientras que la masculinidad parecía irrelevante (Biller, 1971, Lamb, 1981 & Radin, 1981, por Lamb, 2010). En los estudios sobre la ausencia del padre y el divorcio, la evidencia sugería que la falta de residencia paterna, anteriormente conocida como “ausencia del padre”, puede ser perjudicial porque muchos roles paternos (sea económicos, sociales, emocionales), están inadecuadamente cumplidos en estas familias y no tiene que ver específicamente porque el

modelo de rol sexual esté ausente. Por este motivo, la importancia de reconocer los múltiples papeles del padre como sostén de la familia, pariente y compañero emocional para comprender cómo influyen en el desarrollo de los niños/as.

En investigaciones en padres involucrados en el decenio de 1980, varios investigadores trataron de identificar los efectos del aumento de la participación paterna en los niños y en la mayoría lo hicieron comparando la situación de los niños de las familias tradicionales con la de los niños cuyos padres compartían o asumían la responsabilidad principal del cuidado de los niños (Lamb, Pleck & Levine, 1985; Radin, 1994; Russell, 1983, 1986, por Lamb, 2010). Los resultados demostraron que los niños con padres altamente involucrados se caracterizaron por una mayor competencia cognitiva, mayor empatía, menos creencias estereotipadas sobre el sexo y un mayor control interno (Pleck, 1998, Pruett, 1983, 1985, Radin, 1982, 1984, por Lamb, 2010). Para Lamb, Pleck, Charnov y Levine (1985) existen tres factores importantes que explican ese tipo de diferencias en niños con padres involucrados. En primer lugar, cuando los padres asumen papeles menos estereotipados en cuanto al sexo, sus hijos/as tienen actitudes menos estereotipadas en cuanto a los papeles masculinos y femeninos. En segundo lugar, en el ámbito de la competencia cognitiva, estos niños pueden beneficiarse de tener dos padres muy involucrados en lugar de uno solo, lo que les asegura diversidad de estimulación que proviene de interactuar con personas que tienen diferentes estilos de comportamiento. El contexto familiar en que los niños son criados es importante, en estas investigaciones el alto grado de participación paterna, demostró que ambos padres podían hacer lo que era gratificante y satisfactorio para ellos, no solo satisfacían sus deseos de cercanía con sus hijos, sino que les permitía a las madres perseguir objetivos profesionales. Como ambos padres se sentían mucho más satisfechos, la relación fue probablemente mucho más cálida y rica por lo que se puede especular que los beneficios obtenidos por los niños con padres muy involucrados se pueden atribuir en gran medida al hecho de que altos niveles de participación paterna crearon contextos familiares en que los padres se sentían bien con sus matrimonios y con los arreglos para el cuidado de los niños/as. Vale destacar que en esos estudios los padres que se encontraban muy involucrados en el cuidado de los niños/as tenía que ver fundamentalmente porque tanto ellos como sus parejas lo deseaban y, que los efectos en los niños son diferentes cuando los padres se ven obligados a participar (Lamb, 2010).

Como plantea Lamb (2010), contrario a las expectativas de muchos psicólogos del desarrollo, los padres y las madres parecen influenciar a sus hijos/as de manera similar. La calidez, el cariño y la cercanía de los padres se asocian con resultados positivos en los niños. De hecho, aquellos niños que tienen relaciones seguras, de apoyo, recíprocas y

sensibles con sus padres tienen muchas más probabilidades de estar bien ajustados psicológicamente que los individuos cuyas relaciones con sus padres (tanto madres como padres) son menos satisfactorias.

Conclusiones

A lo largo de la presente monografía, se ha tratado de evidenciar que el cuidado de los niños/as no es algo exclusivo o inherente a las madres, sino que los padres pueden relacionarse afectivamente y de manera significativa con sus hijos/as, proveer cuidados físicos y emocionales y que el apego padre-hijo/a contribuye en gran medida al desarrollo del niño/a, de ahí la importancia del involucramiento paterno y todo lo que ello implica.

Si bien la sensibilidad del cuidado, clave en el desarrollo infantil, fue planteado inicialmente por Ainsworth como una de las cuatro características positivas del comportamiento materno, fue utilizado luego para referirse a la sensibilidad del cuidador en general, independientemente de quien encarne ese lugar, incluyendo en este sentido a los padres varones. A su vez, puede afirmarse que los cuidados en relación a las otras características positivas del cuidador (aceptación, cooperación y accesibilidad) tienden a generar apegos seguros que, como fue planteado en el transcurso del trabajo, se trata del tipo de apego ideal y el que se espera que un niño/a construya con quienes se encargan de su cuidado.

Por lo tanto, si una buena calidad de cuidado tiene que ver con la sensibilidad del cuidador y su habilidad para estar alerta a las señales comunicacionales del niño/a, interpretarlas y responderlas correctamente, el goce compartido, la capacidad del cuidador de sintonizarse afectivamente y estar disponible física y psicológicamente para el niño/a; y por otra parte, el involucramiento paterno se define en relación a la interacción del padre con el hijo/a en las actividades compartidas, con el hecho de estar disponible independientemente de tener una interacción directa y con la responsabilidad en relación a los cuidados del niño/a, podría afirmarse entonces que se puede hablar en términos de sensibilidad paterna o de sensibilidad de cuidado por parte del hombre, siempre y cuando se trate de padres que se encuentren involucrados en la crianza de sus hijos/as.

En esta misma línea, las características que definen Lamb, Pleck y Levine (1985, citado por Parke, 2000), respecto al involucramiento paterno se relacionan de manera similar con las características del comportamiento del cuidador, haciendo hincapié en la importancia de la calidad del cuidado por parte de los padres, más que en la frecuencia de las actividades compartidas o en la participación económica de los hombres en la crianza de los hijos/as, entre otras. Este tipo de constructos permitieron cambiar creencias respecto a las formas tradicionales en que los hombres participaban en la crianza de sus hijos/as, así como tener en cuenta diversos factores que inciden en las formas de darse dicha interacción.

Hablar de sensibilidad de cuidado por parte de los hombres se vuelve relevante, en tanto histórica y culturalmente se le ha dado al varón el lugar de educador moral y proveedor económico y se lo ha colocado en un lugar secundario o auxiliar respecto al cuidado de los niños/as, por lo que no se tuvo en cuenta la naturaleza de las primeras relaciones entre padres varones e hijos/as por un período prolongado.

Las verdades que son legitimadas en los discursos psicológicos y sociales suelen ser vistas como incuestionables por muchas personas y han dado lugar a que por mucho tiempo se hable de la exclusividad e importancia de la figura materna y de la mujer asociada al cuidado de los niños/as, dejando a los padres en segundo plano. Así como la maternidad aún continúa siendo considerada como una esencia instalada en las mujeres, los hombres tienden a no ser vistos de la misma manera porque no se les otorga una naturaleza propia para la paternidad (Sefton, 2006). Del mismo modo, no se ha hablado de sensibilidad de cuidado por parte de los hombres al creer que no son hábiles para conectarse afectivamente con los niños/as, de la misma forma que lo hacen las mujeres.

La psicología y los discursos que emergen de la disciplina deben ser entendidos en determinados momentos históricos, pero a su vez deben acompañar los cambios de contexto que se van presentando en las diferentes sociedades. Afortunadamente surgen nuevos discursos que pretenden romper con visiones tradicionales y generar nuevas formas para entender la paternidad y las relaciones entre padres varones e hijos/as.

Cada vez son más los estudios que han utilizado los constructos de las teorías psicológicas respecto al desarrollo y el lugar de la madre en los cuidados, para estudiar las relaciones afectivas que se entablan entre padres varones y sus hijos/as. Ejemplos de dichos estudios son el de De Aguiar, Santelices y Perez (2009), el de Suárez y Contrera (2013) o el de Carbonell et al (2015), que se han encargado entre otras cosas, de analizar y describir las interacciones tempranas entre padres varones e hijos/as e incluso han utilizado instrumentos de evaluación que fueron inicialmente contruidos y pensados para ser aplicados en madres. El hecho de seleccionar para las muestras de dichos estudios, tanto a mujeres como a hombres y considerarlos a ambos en las mismas condiciones para proveer cuidados es de carácter significativo.

Por otra parte, si bien la presente monografía ha pretendido problematizar la teoría del apego, específicamente en relación al hincapié que se hizo en la madre como figura principal e idónea, otro posible análisis puede plantearse reflexionando acerca de la construcción social y cultural de la masculinidad y las implicancias que tiene a la hora de pensar cómo se construye el apego entre padres varones e hijos/as y cómo impacta a su vez en la calidad del cuidado. Si los vínculos afectivos duraderos se consolidan a través de la interacción, tanto el

microsistema, mesosistema, exosistema como el macrosistema deben habilitar al padre para que pueda vincularse afectivamente con sus hijos/as, asumir múltiples roles y así generar beneficios en el desarrollo social, psicológico y afectivo de los niños. Analizar la construcción de la masculinidad implica pensar en la educación y en determinados mandatos que se les imponen a los hombres incluso antes de nacer. Si a los varones desde pequeños no se les permite jugar con muñecos/as como si se les permite e incita a las niñas, si se les ofrece en su lugar juegos violentos, si se les impide mostrar sus sentimientos libremente, si se los educa para que no sean empáticos emocionalmente, entre otras imposiciones, donde los medios de comunicación juegan un papel fundamental; es probable que esas construcciones de masculinidad limiten la interacción cálida y sensible que un padre pueda tener con su hijo/a, así como también afecten significativamente en la calidad del cuidado. A partir de estos planteos surgen las siguientes interrogantes, ¿cómo la construcción de la masculinidad impacta en la paternidad y las formas de ser padre?, ¿cómo se ve afectada la calidad del cuidado por parte de los hombres a partir de los mandatos de género?, ¿las formas en que son criados y educados los niños habilitan el despliegue de comportamientos sensibles?, ¿qué otras cuestiones se deben tener en cuenta al pensar una teoría como la del apego que fue inicialmente pensada en mujeres?

Reflexionar estas cuestiones desde la psicología del desarrollo es alentador en el sentido de que no se trata de una visión determinista en lo que respecta a los individuos, el desarrollo y las relaciones. El vínculo padre e hijo/a y la calidad de cuidado por parte del hombre se va a ver afectado por diversos factores que deben ser tenidos en cuenta y puede de todas formas pasar por cambios. De allí la importancia del tipo de crianza que reciben los individuos, los cambios culturales, las formas de educar, la historia, etc., aspectos fundamentales que van a impactar de una forma u otro en el tipo de vínculo.

Este trabajo es una invitación a pensar en el constructo del apego y la sensibilidad del cuidador por parte de padres varones según los distintos momentos históricos, así como reflexionar el vínculo en base a aspectos individuales tanto del padre como del niño/a, en determinada dinámica familiar y en diversas culturas.

Referencias bibliográficas

- Armus, M., Duhalde, C., Oliver, M., Woscoboinik, N., & UNICEF. (2012). *Desarrollo emocional. Clave para la primera infancia*. Unicef.
- Bowlby, J. (1998). *El apego: El apego y la pérdida*. Buenos Aires: Paidós.
- Bretherton, I. (1992). The origins of Attachment Theory: John Bowlby and Mary Ainsworth. *Developmental psychology*, 28 (5), 759.
- Bronfenbrenner, U. (1979) Conceptos básicos. En *Ecología del desarrollo humano*. Paidós: Barcelona.
- Carbonell, O. A. (2013) La sensibilidad del cuidador y su importancia para promover un cuidado de calidad en la primera infancia. *Ciencias Psicológicas* 2013, VIII(2), 201-207
- Carbonell, O. A. M., Plata, S. J., Bermúdez, M. E., Suárez, L. C., Peña, P. A., & Villanueva, C. (2015). Caracterización de prácticas de cuidado en familias colombianas con niños en primera infancia en situación de desplazamiento forzado. *Universitas Psychologica*, 14(1), 67-80. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.upsy14-1.cpcf>
- Carrasco, J.C. (2006) Seminario: Psicología Crítica Alternativa. En *Textos escogidos*. (Comp. De Benítez, L. et al.) Montevideo. Ed. Juan Carlos Carrasco.
- Carrillo, S. (1999). Marv Salter Ainsworth (1913-1999). *Revista Latinoamericana de Psicología*, 31 (2), 383-386. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=805/80531211>
- Carrillo, S. (2008). Relaciones afectivas tempranas: presupuestos teóricos y preguntas fundamentales. En J. Larreamendy-Joerns, R.P. Navarro & A. R. Ibiza, (Eds). *Claves para Pensar el Cambio*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales-Ceso, Departamento de Psicología, CESO, Ediciones Uniandes

- De Aguiar, S. T., Santelices, M. P., & Pérez, J. C (2009). Apego, sensibilidad paterna y patrón de interacción del padre con su primer bebé. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 18 (1). 51-58
- Lamb, M. E. (1977). Father-Infant and Mother-Infant Interaction in the First Year of Life. *Child Development*, 48(1), 167. <https://doi.org/10.2307/1128896>
- Lamb, M. E, Pleck, J. H. & Levine, J. A. (1985). The Effects of Increased Paternal Involvement. En M. E. Lamb, (Ed). *The Role of the Father in Child Development*.
- Lamb, M. E. (2010). How Do Fathers Influence Children's Development? Let Me Count the Ways. En M. E. Lamb, (Ed). *The Role of the Father in Child Development*. Fifth Edition. New Jersey: Wiley 6 Sons, Inc.
- Oliva, A (2004) Estado actual de la teoría del apego. *Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente*, 4(1), 65-81.
- Parke, R.D. (1998). Ser padre: mitos y realidades. En R.D. Parke (Ed.), *El papel del padre* (3th ed., pp. 19-34). Madrid: Morata.
- Parke, R.D. (2000). Father Involvement: A Developmental Psychological Perspective. *Marriage & Family Review*, 29, 43-58.
- Sefton, A. P. (2006). Paternidades en las culturas contemporáneas. *Revista de Estudios de Género*. La ventana, (23), 37-69. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=884/88402304>
- Sroufe, A., Szteren, L. & Causadias, J.M. (2014). El apego como un sistema dinámico: fundamentos de la teoría del apego. En B. Torres, J.M. Causadias & G. Posada (Eds). *La teoría del apego: investigación y aplicaciones clínicas* (1° ed.). Psimática.

Suárez, L. (2013). Caracterización de los patrones de interacción padre –hijo en una muestra de 10 padres bogotanos, representaciones mentales sobre seguridad emocional y habilidades sociales de los niños. Proyecto Financiado por la convocatoria “Joven Investigador” Pontificia Universidad Javeriana y Colciencias.

Torres Velázquez, L. E., Salguero Velásquez, A., & Ortega Silva, P. (2005). Efectos de la presencia de los varones en el desarrollo psicológico infantil. *Red de revistas científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal*, 15(001), 113-120.
<https://www.redalyc.org/pdf/291/29115112.pdf>